

COMIENZA LA CACERÍA

WILBUR SMITH

EL PREDADOR

CON TOM CAIN



emecé grandes novelistas

Wilbur Smith
con Tom Cain

El predador

Traducción de Julio Sierra



emecé
grandes novelistas

*Dedico este libro a Niso, que es el sol que ilumina mis días
y la luna que glorifica mis noches.
Gracias por esas innumerables delicias, mi querida niña.*



Hector Cross se despertó con una sensación de temor y permaneció inmóvil por un momento, tratando de orientarse. Luego, de mala gana, abrió los ojos, sin saber qué esperar, y lo vio a través de la puerta doble abierta del dormitorio, avanzando por la galería hacia él. La luz de la luna centellaba en plateados dibujos cambiantes por encima de los bordes de sus escamas mojadas. Caminaba hacia él contoneándose y sus garras rozaban suavemente el suelo de cemento. La cola de la bestia se balanceaba de un lado a otro al ritmo de sus pesados pasos. Sus afilados dientes amarillos sobresalían por sobre el labio inferior en una fría sonrisa sin humor. Hector sintió que la garganta se le contraía y su pecho se tensaba al sentirse envuelto en una oleada de pánico. El cocodrilo metió la cabeza por las puertas abiertas y se detuvo. Su mirada se concentró en él. Sus ojos eran amarillos como los de un león, con pupilas como negras ranuras. Recién en ese momento Hector se dio cuenta de lo enorme que era la criatura. Bloqueaba totalmente la puerta, impidiéndole toda posibilidad de escape, y se alzaba por encima de él, que seguía inmóvil en la cama.

Hector se recuperó rápidamente de la conmoción y abandonó de un salto el colchón. Tomó la manija del cajón de la mesita de noche en el que guardaba su pistola Heckler & Koch 9 mm y lo abrió de un tirón. Sus uñas arañaron frenéticamente la madera mientras buscaba el arma, pero ésta había desaparecido. El cajón estaba vacío. Estaba indefenso.

Se dio la vuelta para hacer frente al gigantesco reptil, para quedar sentado con las piernas recogidas debajo de él y la espalda apoyada en la cabecera de la cama. Tenía las manos cruzadas a la altura de las muñecas delante de la cara en una posición defensiva de karate.

—¡Fuera! ¡Aléjate de mí! —gritó, pero la bestia no dio señal alguna de miedo. En lugar de ello, sus mandíbulas se abrieron enormes, dejando

a la vista las aserradas hileras de afilados dientes amarillos, tan largos y gruesos como los dedos índices del propio Hector. Entre ellos había trozos de carne podrida de la presa que había devorado no hacía mucho. El hedor de su aliento llenó la habitación con un efluvio asfixiante. Estaba atrapado. No había escapatoria. Su destino era inevitable.

Entonces, la cabeza del cocodrilo cambió de fisonomía de nuevo y comenzó a asumir una monstruosa forma humana que era aún más horrible de lo que había sido la imagen del reptil. Estaba mutilada y en estado de descomposición. Sus ojos estaban ciegos y blancuzcos. Pero Hector la reconoció al instante. Era la cabeza del hombre que había matado a su esposa.

—¡Bannock! —susurró Hector entre dientes, a la vez que se apartó de la odiada imagen—. ¡Carl Bannock! ¡No, no puedes ser tú! Estás muerto. Yo te maté e hice que los cocodrilos comieran tu cadáver. Aléjate y vuelve a las profundidades del infierno, donde debes estar —balbució histéricamente sin sentido y sin poder evitarlo.

De pronto sintió unas manos sin cuerpo que salían de la oscuridad de la habitación y lo tomaban por los hombros para empezar a sacudirlo.

—¡Hector, querido! ¡Despierta! Por favor, despierta.

Trató de resistirse a la dulce voz femenina y al movimiento de las manos, pero éstas eran insistentes. Luego, con creciente alivio, comenzó a deshacerse de las redes de la pesadilla que lo habían envuelto. Por fin, se despertó del todo.

—¿Eres tú, Jo? Dime que eres tú. —Hector la buscó con desesperación, tanteando en la oscuridad de la habitación.

—Sí, mi amor. Soy yo. Tranquilízate. Ya está todo bien. Aquí estoy.

—Las luces —espetó él—. ¡Enciende las luces!

Ella estiró los brazos y buscó el interruptor por encima de la cabecera de la cama. La habitación se inundó de luz, y él la reconoció y recordó dónde estaban y por qué.

Eran huéspedes en un castillo medieval en Escocia a orillas del río Tay, en una fría noche de otoño.

Hector tomó su reloj de pulsera de la mesita en su lado de la cama y lo miró. Todavía le temblaban las manos.

—¡Mi Dios! ¡Son casi las tres de la mañana! —La tomó a Jo Stanley entre sus brazos y la apretó contra su pecho desnudo. Después de un rato, su respiración se tranquilizó. Con los reflejos de un guerrero entrenado,

se recuperó de los efectos debilitantes de la pesadilla y le susurró—: Me disculpo por los exabruptos y el sobresalto, mi amor. Pero, ya que el daño está hecho y los dos estamos despiertos, podríamos sacar el máximo provecho de este momento.

—Eres incorregible e infatigable, Hector Cross —dijo ella con recato, pero no hizo ningún esfuerzo para resistirse a sus manos; más bien se aferró a él y buscó sus labios con los de ella.

—Sabes bien que no entiendo las palabras difíciles—dijo él y permanecieron de nuevo en silencio. Pero después de un momento, ella murmuró algo en su boca sin apartarse de él.

—Me asustaste, mi amor.

Él la besó con más fuerza, como si quisiera hacerla callar, y ella accedió al sentir que su virilidad se endurecía e hinchaba contra su vientre. Todavía estaba lubricada por la actividad sexual anterior y casi al mismo tiempo lo deseaba tanto como él a ella. Jo rodó sobre su espalda con los brazos entrelazados alrededor del cuello de él y mientras tiraba de él para dejarlo encima de ella, dejó que sus muslos se apartaran y elevó las caderas, jadeando al sentir que él se deslizaba profundamente dentro de ella.

Fue demasiado intenso como para durar mucho. Llegaron juntos rápida e irresistiblemente a la cumbre vertiginosa de su excitación; luego, todavía unidos, se hundieron en el abismo. Regresaron lentamente de los lejanos lugares donde la pasión los había llevado y ninguno pudo hablar hasta que la respiración se serenó. Finalmente, ella pensó que él se había quedado dormido en sus brazos hasta que Hector habló en voz baja, casi en un susurro:

—No dije nada, ¿verdad?

Estaba lista con la mentira.

—Nada coherente. Sólo palabras sueltas sin ningún sentido. —Ella sintió que él se relajaba contra ella y continuó con la farsa—: ¿Y qué estabas soñando?

—Fue aterrador —respondió él solemnemente, su risa casi escondida debajo de su tono serio—. Soñé que le sacaba el anzuelo de la boca a un salmón de veinticinco kilos.

Era un acuerdo tácito entre ellos. Habían llegado a él como la única manera de poder mantener encendida la frágil luz del amor de uno por el

otro. Jo Stanley había acompañado a Hector durante la búsqueda de los dos hombres que habían asesinado a su esposa. Cuando por fin tuvieron éxito y los capturaron en el castillo árabe que se habían construido para sí en las profundidades de la selva de África central, Jo esperaba que Hector entregara a los dos asesinos a las autoridades de Estados Unidos para su juicio y castigo.

Jo era abogada e implícitamente creía en el imperio de la ley. Por otra parte, Hector hacía sus propias reglas. Él vivía en un mundo de violencia en el que los daños eran vengados con crueldad bíblica: ojo por ojo y una vida por otra vida.

Hector había ejecutado al primero de los dos asesinos de su esposa sin recurrir a la ley. Éste era un hombre llamado Carl Bannock. Hector lo había arrojado a los cocodrilos que el hombre criaba en los terrenos de su castillo árabe, donde Hector lo había apresado. Los grandes reptiles habían hecho pedazos el cuerpo vivo de Bannock y lo habían devorado. Dio la casualidad que Jo no había estado presente para presenciar la captura y ejecución de Carl Bannock. Así que después ella pudo fingir que ignoraba lo ocurrido.

Pero ella sí había estado con Hector cuando éste capturó al segundo asesino. Era un matón que utilizaba el alias de Johnny Congo. Ya había sido condenado a muerte por el tribunal de Texas, pero se había escapado. Jo intervino enérgicamente para evitar que Hector Cross hiciera justicia por mano propia por segunda vez. En última instancia, llegó a amenazar con poner fin a su propia relación si Hector se negaba a entregar a Congo a las autoridades del estado de Texas.

De mala gana, Hector cumplió con sus exigencias. Se necesitaron varios meses, pero al final el tribunal tejano confirmó la sentencia original de muerte para Johnny Congo y también lo encontró culpable de más asesinatos cometidos desde su fuga de la prisión. Habían fijado la fecha de su ejecución para el 15 de noviembre, para la cual sólo faltaban dos semanas.

—¡Por Dios, Johnny, ¿qué te pasó en la cara?

Shelby Weiss, socio principal del estudio de abogados Weiss, Mendoza y Burnett con sede en Houston —o Judío, Chicano y Blanco Protestante, como les gustaba llamarlos a sus rivales menos exitosos—, estaba

sentado en un pequeño cubículo del Pabellón 12 de la Unidad Allen B. Polunsky en West Livingston, Texas, también conocida como Corredor de la Muerte. Las paredes a ambos lados estaban pintadas de un verde lima desteñido y vulgar, y él estaba hablando por un anticuado auricular de teléfono negro, que sostenía en la mano izquierda. Frente a él tenía un bloc de apuntes amarillo y una fila de lápices con las puntas bien sacadas. Al otro lado del cristal delante de Weiss, en un cubículo de dimensiones exactamente iguales, pero pintado de blanco, estaba Johnny Congo, su cliente.

Congo acababa de ser repatriado a Estados Unidos, después de haber sido detenido de nuevo en el estado del golfo de Abu Zara varios años después de salir de la Walls Unit, como llamaban a Huntsville, la penitenciaría del estado de Texas, por sus paredes de ladrillo rojo. Había pasado la mayor parte de ese tiempo en que estuvo prófugo en África labrándose un reino personal en el pequeño país de Kazundu, a orillas del lago Tanganica, con su antiguo compañero de prisión, que de sometido sexual pasó a ser socio de negocios y compañero de vida, Carl Bannock. Esa era la conexión con Weiss. Su estudio había representado a Bannock en sus tratos con el fideicomiso familiar creado por su fallecido padre adoptivo, Henry Bannock. El trabajo había sido del todo legítimo y muy lucrativo, tanto para Carl Bannock como para Shelby Weiss. Weiss, Mendoza y Burnett también representaban a Bannock en su función de exportador de coltán, el mineral del que se obtiene el tantalio, un metal más valioso que el oro, esencial en una enorme variedad de productos eléctricos una vez refinado. Dado que el mineral provenía del este del Congo, y por lo tanto podría ser considerado como un mineral con conflicto, como los diamantes de sangre, este aspecto de los negocios de Carl Bannock era moralmente discutible. Pero aun así, todavía tenía derecho a la mejor representación legal que el dinero podía comprar. Si bien Shelby Weiss tenía razones para sospechar que Bannock vivía con un delincuente prófugo con el que participaba en una variedad de actividades desagradables e incluso ilegales, desde consumo de drogas hasta tráfico sexual, no tenía ninguna prueba real de delito alguno. Además, Kazundu no tenía tratado de extradición con Estados Unidos, por lo que el punto era irrelevante.

Pero luego Johnny Congo apareció en Oriente Medio, capturado por un exoficial de las fuerzas especiales británicas llamado Hector Cross,

que se había casado con la viuda de Henry Bannock, Hazel. Lo cual, calculó Weiss, lo convertía en padrastro de Carl Bannock, aunque no parecía haber mucho amor fraternal en esa familia. Hazel había sido asesinada. Cross culpaba a Carl Bannock y se había propuesto vengarse. Y Bannock ya había desaparecido de la faz de la tierra.

De todas maneras, Hector Cross había atrapado a Johnny Congo y lo entregó a la policía estadounidense en Abu Zara, que sí tenía un tratado de extradición con Estados Unidos. De modo que allí estaba, de nuevo en el Corredor de la Muerte, y Congo no ofrecía una imagen agradable. Obviamente había sido golpeado con ferocidad.

Johnny Congo apenas si cabía en su cubículo, estaba como una bala de cañón en una caja de fósforos. Era un hombre enorme, de más de un metro noventa y ocho de altura, y una contextura acorde. Vestía el uniforme de prisionero con una polera de algodón blanco, de mangas cortas, metida en los pantalones estilo pijama, también blancos. Había dos grandes letras mayúsculas negras en la espalda —DR— que indicaban que era un preso del *Death Row*, el Corredor de la Muerte. El uniforme había sido diseñado para verseuelto, pero en el cuerpo de Johnny Congo se veía tan apretado como la piel de una salchicha y los botones se esforzaban por contener los músculos como nudos de su pecho, hombros y brazos, que le daban el aspecto de un minotauro, el monstruo mitad hombre, mitad toro de la mitología griega. Años de decadencia y de excesos habían hecho que Congo acumulara grasa, pero él llevaba su panza como un arma, sólo una forma más de empujar e intimidar para abrirse paso en la vida. Tenía las muñecas y los tobillos esposados y encadenados. Pero los aspectos de su apariencia que le habían llamado la atención a su abogado eran la venda blanca puesta torpemente sobre la nariz aplastada y rota, la carne distendida y la piel hinchada alrededor de la boca maltratada, y la forma en que su rica y oscura piel de África Occidental había adquirido un brillo rojo y púrpura de ciruelas demasiado maduras.

—Supongo que debo haberme golpeado con una puerta, o he tenido algún tipo de accidente —murmuró Congo entre dientes en su micrófono.

—¿Los guardias te hicieron esto? —quiso saber Weiss, tratando de parecer preocupado, pero apenas capaz de ocultar el entusiasmo en su voz—. Si fue así, puedo usar esto en la corte. Quiero decir que he leí-

do el informe y allí se establece claramente que ya estabas encadenado cuando te pusieron en custodia en Abu Zara. El punto es que si no representabas ninguna amenaza para ellos y no podías defenderte, ellos no tenían motivos para usar la fuerza física en tu contra. No es mucho, pero es algo. Y necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. La ejecución está prevista para el 15 de noviembre. Y faltan menos de tres semanas para eso.

Congo sacudió su enorme cabeza afeitada.

—No fue ningún guardia el que me hizo esto. Fue ese hijo de puta de Hector Cross. Le dije algo y supongo que se ofendió.

—¿Qué le dijiste?

Los hombros de Congo se sacudieron cuando dejó escapar una sonora risa, tan amenazadora como el ruido de un trueno lejano.

—Le dije que fui yo quien dio la orden de matar, y lo repito exactamente, «a tu puta y jodida esposa».

—Vaya, hombre... —Weiss se pasó el dorso de la mano derecha por la frente, luego puso de nuevo el teléfono en la boca—. ¿Alguien más te escuchó?

—Oh sí, todo el mundo me escuchó. Realmente grité muy fuerte.

—Maldita sea, Johnny, no estás haciendo que las cosas sean más fáciles para ti.

Congo se adelantó y se inclinó, con los codos apoyados sobre el estante delante de él. Se quedó mirando a través del cristal con ojos que contenían tal furia en ellos que Weiss se encogió.

—Yo tenía motivos, hombre, tenía motivos —gruñó Congo—. Ese hijo de puta de Cross tomó a la única persona que me ha importado en toda mi puta vida y la arrojó a los malditos cocodrilos para que se la comieran. Se lo comieron vivo. ¿Me escuchas? ¡Aquellas bestias de viscosas escamas se comieron vivo a Carl! Y Cross permaneció sin decir palabra. Cometió dos errores.

—Ajá, ¿qué clase de errores?

—En primer lugar, que no me arrojó a mí también para que me comieran los cocodrilos. Yo no habría sentido nada si lo hubiera hecho. Yo estaba fuera de combate, hombre, lleno de algún tipo de sedante, no habría sentido nada.

Weiss levantó su mano derecha, todavía con el lápiz, con la palma hacia el vidrio.

—¡Eh! ¡Detente! ¿Cómo sabes lo de los cocodrilos si estabas inconsciente en el momento en que se estaban comiendo a tu compañero?

—Escuché a los hombres de Cross burlándose del asunto en el avión, riéndose a las carcajadas y hablando de los crujidos de las mandíbulas y de los gritos de Carl pidiendo misericordia. Por suerte para ellos yo estaba atado a una butaca y envuelto en una red de carga. Si hubiera podido moverme les habría arrancado las cabezas y se las habría metido en el culo.

—Pero no tienes ninguna prueba de que Carl esté muerto, ¿verdad? Quiero decir que no viste ningún cuerpo, ¿no?

—¿Cómo podría haber visto un cuerpo? —gritó Congo, alzando la voz con indignación—. Yo estaba fuera de combate y ¡Carl estaba en la panza del cocodrilo! ¿Por qué me haces una pregunta estúpida como ésa?

—Por el asunto del fideicomiso de los Bannock —explicó Weiss en voz baja—. Mientras no haya pruebas de que Carl Bannock está muerto, y Hector Cross seguramente no va a presentar ninguna prueba, porque eso lo convertiría en un asesino, entonces el fideicomiso se verá obligado a seguir pagándole a Carl su parte de los beneficios de la empresa. Y cualquier persona que, hipotéticamente, tuviera acceso a las cuentas bancarias de Carl podría, por lo tanto, beneficiarse con ese dinero. De modo que permíteme que te pregunte de nuevo, para que conste: ¿tienes alguna prueba directa, personal de que Carl Bannock está muerto?

—No, señor —dijo Johnny enfáticamente—. Todo lo que sé lo oí de gente que hablaba del asunto, nunca vi nada porque estaba sedado en ese momento. Y, ahora que lo pienso, yo estaba todavía un poco con la mente perdida por las drogas mientras estuve en el avión. Podría haber estado imaginando lo que escuché, tal vez soñando, algo así.

—De acuerdo. Las drogas sedantes pueden, sin duda, producir un efecto similar a la intoxicación. Es muy posible que en realidad nunca escucharas ninguna conversación como la que declaraste haber escuchado inicialmente. Ahora bien, tú dijiste que Cross cometió dos errores. ¿Cuál fue el segundo?

—No me arrojé por la parte trasera del avión. Lo único que tenía que hacer era abrir la rampa de atrás del avión, empujarme un poco hacia abajo y simplemente ver cómo caía... —Johnny Congo silbó para ilustrar el ruido de la caída de algo pesado—... todo el trayecto hacia abajo, siete

mil quinientos metros hasta..., pum—. Golpeó con un puño como un martillo la palma de su otra mano.

—Tú habrías hecho un cráter tremendo —señaló Weiss de manera poco expresiva.

—Sí, seguro. —Congo se rio y asintió con su enorme cabeza calva—. Y si hubiera sido Cross el que estaba en esa butaca y yo mirándolo, lo habría arrojado afuera como un *frisbee* humano. No lo habría pensado dos veces. Él también quería hacerlo. Y lo habría hecho, si no hubiera sido por esa idiota bruja suya y su maldita boca.

Weiss volvió a mirar su libreta de notas, frunciendo el entrecejo mientras hojeaba de nuevo lo que había escrito en una página anterior.

—Lo siento, pensé que habías dicho que ella había muerto.

—Lo que yo dije fue que hice matar a su esposa, no tengas miedo de decirlo. Pero ésta era una bruja diferente, con la que empezó a tener relaciones después de que la esposa murió. Es abogada, igual que tú. En fin, Cross la llamaba Jo. Esta perra se puso a lloriquear diciéndole a Cross que no debió haber matado a Carl, que había ido mucho más allá de la ley de Estados Unidos... Sí, «la ley que observo y respeto» eso fue lo que ella le gritó. Y en suma, el asunto era que si Cross me eliminaba a mí también, como había hecho con Carl, nunca más iba a poder tocarla en sus dulces partes. —Congo se encogió de hombros—. No sé por qué Cross dejó que lo castigara de esa manera. Yo no permitiría que ninguna zorra estúpida me hablara así, sermoneándome sobre lo que está bien o está mal. Yo le hubiera dicho: «Tu cuerpo me pertenece a mí, perra». Le daría una lección para que no cometiera el mismo error dos veces, ya sabes lo que quiero decir.

—Me hago una idea, sí —dijo Weiss—. ¿Pero y tú? Permíteme que te lo explique bien, por si acaso. Cuando saliste de la cárcel...

Congo asintió moviendo la cabeza.

—Hace ya mucho tiempo.

—Sí, es cierto, pero a la ley no le importa eso, porque cuando te escapaste, estabas a dos semanas de la fecha de tu ejecución. Habías sido declarado culpable de varios homicidios, para no mencionar todos los que se llevaron a cabo siguiendo tus órdenes mientras estabas en prisión. Agotaste todas las vías posibles de apelación. Te iban a atar a una camilla, te iban a meter una aguja en un brazo y simplemente te iban a observar hasta que murieras. Y éste es tu problema, Johnny. Eso es lo que

va a pasar ahora. Eras un fugitivo. Fuiste recapturado. Y ahora estás de vuelta donde estabas el día en que te metiste en un saco de la lavandería, te arrojaron en la parte trasera de un camión y saliste por los portones principales y de ahí derecho a la ruta interestatal.

Si Weiss había estado tratando de impresionar a Congo con la gravedad de su situación, no lo consiguió. El rostro del corpulento hombre se distorsionó en una desagradable y lastimada parodia de una sonrisa.

—Hombre, aunque ésa sí que fue una operación hermosa, ¿no es así? —exclamó.

Weiss mantuvo una expresión impasible.

—Soy un servidor de la ley, Johnny, no puedo felicitarte por lo que obviamente fue una actividad criminal. Pero, sí, hablando objetivamente, puedo ver que tanto la planificación como la ejecución de la fuga se llevaron a cabo con un alto nivel de eficiencia.

—Correcto. ¿Y entonces cuán eficiente vas a ser para mí ahora?

Shelby Weiss llevaba un par de botas de cinco mil dólares Black Cabaret Deluxe hechas a mano de la tienda Los Tres Proscritos, en El Paso. Su traje era de Gieves y Hawkes, en Savile Row 1, Londres. Sus camisas estaban hechas a medida en Roma. Se pasó la mano por la solapa de la chaqueta y dijo en voz baja:

—No he llegado a estar vestido de esta manera por ser malo en mi trabajo. Te diré lo que voy a intentar... Lo imposible. Voy a hacer que me paguen cada favor que me deben; voy a usar todo contacto que tenga, haré que mis socios más inteligentes revisen todos los casos que se les ocurran con un peine de dientes finos y vean si puedo encontrar algún fundamento para una apelación. Me voy a romper el trasero hasta el último segundo. Pero me gusta ser totalmente honesto con mis clientes, y ésa es la razón por la que tengo que decirte que no tengo muchas esperanzas.

—Mmmm —gruñó Congo—. Muy bien, te entiendo... —Se puso de pie bien erguido, suspiró y levantó las muñecas encadenadas para poder rascarse la nuca. Luego habló con calma, abandonando la actitud de tipo duro, de gángster, casi como si estuviera hablando consigo mismo y a la vez con Weiss—: Toda mi vida la gente me ha mirado y yo sabía lo que estaban pensando: «Éste es sólo un negro grande y tonto». Muchas fueron las veces que me han dicho «gorila», y algunas veces incluso pensaban que era un cumplido. Igual que en la escuela secundaria, cuando

jugaba como *tackle* izquierdo de los Dragones de Oro de la ciudad de Nacogdoches, el entrenador Freeney me decía: «Hoy jugaste como un gorila feroz, Congo», lo que quería decir que había reventado a los hijos de puta de la defensa del otro equipo, para que algún niño bonito mariscal de campo pudiera lucirse con sus lanzamientos de lujo y hacer que todas las porristas se humedecieran. Y yo le respondía: «Gracias, entrenador», llamándolo prácticamente «amo».

En ese momento la intensidad de Congo comenzó a aumentar de nuevo.

—Pero por dentro, yo sabía que no era tonto. En mi interior, yo sabía que era mejor que ellos. Y por dentro, en este momento, entiendo perfectamente cuál es mi posición. Así que esto es lo que quiero que hagas. Quiero que te pongas en contacto con un tipo que yo solía frecuentar, D'Shonn Brown.

Weiss se mostró sorprendido.

—¿Qué? ¿Ese D'Shonn Brown?

—¿Qué quieres decir? Que yo sepa sólo un tipo tiene ese nombre.

—Es que D'Shonn Brown es una especie de prodigio. Un chico de los barrios bajos que no tiene ni siquiera treinta todavía y ya está en camino de alcanzar sus primeros mil millones. Es guapo como el demonio, tiene una gran historia, todas las mujeres bonitas hacen cola en la puerta de su dormitorio. Vaya amigo que tienes.

—Bueno, a decir verdad, hace un tiempo que no lo veo, así que no estoy totalmente al corriente de su situación, pero él sabrá exactamente quién soy. Dile la fecha en que me estarán llevando a Huntsville para la ejecución. Luego le dices que realmente me gustaría verlo, ya sabes, tal vez para una visita o algo así, antes de que me pongan en esa camilla y me claven la aguja. Su hermano Aleutian y yo éramos muy apegados. A él lo mataron en Londres, Inglaterra, y fue Cross quien lo hizo. Así que tenemos ese problema personal en común, la pérdida de un ser querido a manos del mismo asesino. Me gustaría expresar mis condolencias a D'Shonn, estrechar su mano, tal vez darle un abrazo de oso para que sepa que también nosotros estamos muy unidos.

—Sabes que eso no será posible —precisó Weiss—. El estado de Texas ya no les permite a los presos del Corredor de la Muerte que tengan ningún tipo de contacto físico con nadie. Lo máximo que él puede hacer es presentar sus respetos a tu cuerpo cuando te hayas ido.

—Bien, díselo de todos modos. Hazle saber lo que a mí me gustaría hacer. Ahora bien, puedo darte un poder para operar con una cuenta bancaria, ¿sí?, para pagar los gastos legales y cosas por el estilo.

—Sí, eso es posible.

—Está bien, yo tengo una cuenta en un banco privado, Wertmuller-Maier en Ginebra. Te voy a dar el número de cuenta y todos los códigos que necesitas. Lo primero que quiero que hagas es conseguir a alguien para que vacíe mi caja de seguridad allí y te envíe todo a ti por entrega urgente. Quiero que la caja quede desbloqueada y luego sellada con cera o alguna otra mierda como ésa para que no pueda ser alterada. Luego retira tres millones de dólares de mi cuenta. Dos millones para ti, como un anticipo a cuenta. El otro millón es para D'Shonn. Dale la caja también; él puede abrirla. Dile que son recuerdos personales, mierditas que significan mucho para mí, y quiero que las entierren conmigo en mi ataúd. Estoy hablando de mi ataúd porque quiero que D'Shonn organice mi velorio y después el funeral, que sea un verdadero acontecimiento para que la gente no lo vaya a olvidar nunca. Pídele de mi parte que reúna a toda la gente de los tiempos en que todos éramos muchachos en el barrio, que vengan a despedirme y presentar sus respetos. Dile que realmente lo voy a agradecer. ¿Puedes hacerlo?

—¿Un millón de dólares, sólo por un funeral y un velatorio? —preguntó Weiss.

—Sí, claro, quiero una procesión de coches fúnebres y limusinas, un servicio en una catedral o algo así, y una fiesta de primera para celebrar mi tiempo aquí en la tierra: caviar y costillas de primera para comer, Cristal y Grey Goose en el bar, toda esa mierda de la mejor. Escucha, un millón no es nada. Leí que ese puto *nerd* que puso en marcha Facebook gastó diez millones en su boda. Ahora que lo pienso, Shelby, que sean dos millones para D'Shonn. Dile que haga todo a lo grande.

—Si eso es lo que quieres, seguro, puedo hacer eso.

—Bueno, asegúrate de que lo entienda bien.

—Sí, eso es lo que yo quiero, y que le quede bien grabado que éste es el deseo de un hombre que va a morir. Ésta es una mierda en serio, ¿verdad?

—Sí que lo es.

—Absolutamente.

—De acuerdo. Entonces aquí tienes lo que se necesita para entrar en

esa cuenta. —Congo recitó un número de cuenta, un nombre y después una larga serie de letras y números aparentemente aleatorios. Shelby Weiss los escribió meticulosamente en su anotador y luego levantó la vista.

—Bien, ya tengo todo esto anotado. ¿Hay alguna otra cosa que quieras decirme?

—Nada más. —Johnny sacudió la cabeza—. Regresa cuando hayas hecho todo lo que te dije.